



POSICIÓN—OPOSICIÓN

CARMEN ELISA REYES FUENTES

Analizando *mi posición* actual, imaginé la cadena causal que me conducía hasta ti. El primer eslabón, ya lejano, está en La Laguna. Maestro y alumna. A este siguieron otros muchos. En ellos yo doy clases y aprendo que la Filosofía es todas las cosas y que debo rascar su superficie para poder enseñar, pero cuando te inunda el Amor al Saber necesitas mucho más que rascar.

Y así van deslizándose otros muchos eslabones. Ahora me voy a parar en uno de ellos, aquel en el que surgió mi oportunidad.

El *Poderoso Ente* había vuelto a lanzar su reto: “¡Atrévete!” Y yo me atreví. No sólo pensaba participar en el torneo-oposición sino que además pensaba ganar.

Y a partir de ese momento todo cambió. Es curioso que cuando uno es joven está convencido de que las vivencias más fuertes sólo se pueden tener en esos años de juventud, pero afortunadamente no es cierto. Descubrí que aquel reto, en lugar de producirme hastío o temor, despertaba en mí antiguas sensaciones físicas y lúdicas, no era nada extraño pues otra vez hacían su aparición *pathos*, *philia* y *sophia*. Eran viejas amigas que hacía tiempo estaban dormidas y quise grabarlas bien fuerte en mi memoria. Me senté ante el ordenador y comencé a escribir para poder evocarlas cuando empezara a olvidarlas o a dudar de su existencia.

¡Había comenzado la batalla contra el tiempo y mi memoria!

Reconozco que al principio no me di cuenta de los pequeños cambios que se iban produciendo, pero poco a poco dejaron de ser imperceptibles y comenzaron a hacerse notar: mi vista se agudizaba, mi horizonte se alejaba, mis ideas comenzaron a viajar por el universo, por *El País de las Maravillas* (igual da que sea el de Lewis Carroll que el de George Gamow), por ese país en el que todo es lo que parece y lo que no parece también es. Y yo estaba allí, en esa inmensidad, en ese infinito, *pudiendo* elegir, *debiendo* elegir entre todas, para quedarme con una sola.

¡Era increíble! Tenía, como hace muchos años, innumerables posibilidades. Ante mi imaginación danzaban todas ellas, todas las “udés” (unidades didácticas), cada una con un nombre distinto, aunque eso de momento no era importante. Vi que entre al-

gunas de ellas existían afinidades, por lo que iban confluyendo en pequeños grupos y cuando me acercaba a alguno de estos y creía observarlas, resultaba que eran ellas las que me observaban a mí.

Poco a poco comencé a reconocerlas. Algunas de ellas eran jóvenes, tímidas: *inmigración... multiculturalismo... nuevas tecnologías...*

Otras tenían nombres propios: *Sócrates... Platón... Aristóteles... Kant... Hegel...*, o por el contrario sus nombres eran demasiado comunes: *actitud... conocimiento... verdad... amor...*

Algunas eran familiares, conocidas desde hacía muchos años: *Idealismo... Realismo... Neopositivismo...*, pero otras tenían caminos menos transitados: *fuerzas ocultas... doble hélice... genoma... cuántica...*

Pero todas ellas me incitaban, me invitaban a acercarme, intentaban seducirme y luego se alejaban riéndose de mí y diciendo “¿Pero de verdad crees que...?”

Entonces tomé una decisión, me apostaría todos los días en el mismo lugar, en aquella esquina, y allí me verían, me conocerían y acabarían mirándome con familiaridad. Tal vez algunas se acercasen y comenzaran a hablar conmigo y yo posiblemente me dejaría querer. ¡Es tan agradable, tan gratificante que la quieran a una!

Y eso fue lo que hice todas las tardes. Las seis era mi hora preferida, me situaba en aquella esquina azulada y poco a poco fue ocurriendo.

Algunas de ellas hacían como si no me vieran, otras paseaban cerca de mí, en grupos de tres o cuatro y se esmeraban para que yo pudiese oírlas mientras hablaban entre sí: *la vida es una extraña mezcla de cooperación y conflicto...*, *el único camino es el diálogo...*, *la pretensión de conocimiento por parte del hombre es absurda...*, *hay fenómenos solo porque hay conciencias...*

Había otras mucho más rotundas: *¡Por supuesto que lo lograríamos con un buen método tipo matemático!... ¡Eso es absurdo, contradictorio, no puede pensarse!... La razón nunca podrá conocer esas Ideas Trascendentales...*, pero la mayoría de las veces sus vocecillas se iban apagando con la misma cantinela: *¿por qué?... ¿por qué?... ¿por qué?...*

Yo me quedaba fascinada porque ¡ellas sabían tantas cosas! ¿Podría yo de verdad atreverme...? Cuando llegaba la noche estaba tan agotada que me quedaba dormida allí, en aquella esquina azul, en aquel espacio inmenso surcado de estrellas aparentemente inmóviles ¿De verdad que se estaban alejando cada vez más unas de otras? ¿Podemos destruir este planeta nosotros, que somos tan insignificantes comparados con este océano de estrellas y galaxias?

Ciertas madrugadas me había despertado aterida de frío, pero enseguida comprobaba que “alguna de ellas” me había arropado y notaba aún la sonrisa que se había quedado enganchada en algún pliegue de mi ropa, e incluso alguna que otra, sinceramente lo creo, me susurró al oído aquella palabra que me faltaba: *quark up, down, charm*, o aquella idea maravillosa cuando estaba aún profun-

damente dormida: *Si el planeta fuera como el del Principito, tu mirada se alejaría de ti por el espacio curvo y regresaría de nuevo, por lo que podrías ver tu cabeza por detrás...*, *no hay verdad sino incertidumbre...*, *si existes "creas" un espacio alrededor tuyo...*, y en esos momentos yo habría jurado (estoy convencida de ello) que ellas dibujaban para mí aquellos maravillosos fractales, aquellos dibujos mágicos, para los iniciados en su lenguaje matemático, cuyo colorido era inimaginable si estabas despierto pero muy fácil de visualizar cuando estabas inmerso en el *País de las Maravillas*.

¿Qué es lo que "ellas" pretendían realmente, aclarar mis ideas o confundirlas? Y fui entendiendo, poco a poco, lo que querían transmitirme, que si el eterno drama del hombre era elegir, el mío era decidirme por alguna de ellas y dejar a las demás, es decir, saber que eres "tú" quien decide, constatar que "tú" eres la verdadera protagonista de la vida, y que aunque utilices alguna vez frases como: *no pude hacer otra cosa...*, *hubiera preferido...*, *no me quedó más remedio...*, eras consciente de que eran solamente palabras huecas.

Al presentarme voluntaria al torneo, tenía que decirle a todas las "udés" menos a una: "lo siento, de verdad; todas ustedes son atractivas e interesantes pero solo una de ustedes podrá quedarse a vivir conmigo estos meses, a todas las demás las visitaré de vez en cuando, además no me voy muy lejos, cada mañana durante cincuenta minutos me acercaré a alguna y la miraré o maltrataré inevitablemente. Lo que si puedo prometerles es que procuraré no olvidarme de ninguna".

Entonces me acerqué a una y la tomé de la mano. Ella era mi "udé" y supe que era orgullosa porque su nombre era extraño: "EL CAMBIO DE PARADIGMA EN LA CIENCIA DEL SIGLO XX", yo quise convencerla de que se cambiara el nombre "¿No crees que sería mejor dejar lo de "paradigma" de momento y llamarla familiarmente "modelo"? "¿Ni hablar! –contestó indignada– modelos hay cientos, miles, pero paradigmas somos bien poquitos, no creo que llegemos a diez o quince!"

No pretendía yo, ni por asomo, que desde el primer momento se enfrentara conmigo por lo que le contesté rápidamente "¡Vale, vale, de acuerdo Paradigma!".

La llevé a mi casa, la conduje a mi habitación y le dije: "aquí estarás bien" y me pareció oír "¡Lo dudo!" pero no le respondí y la dejé para que se instalara con comodidad.

Cuando volví a entrar en la habitación por la tarde ya se había identificado con las paredes, los muebles, los libros, el color y la luz de ella y pensé ¡menos mal, se acabó esta lucha, ya es mía, está en mí!

Ella se dejó conocer e inspeccionar y nunca más la oí murmurar. Ella era mi *espacio*, era mi *tiempo*, yo entraba en ella y ella me envolvía cada vez más cálidamente, hasta el punto en que cada vez me era más difícil dejarla. No quería se-

pararme de ella ni siquiera por una hora. Si salía a la calle solamente quería regresar, pensaba en ella continuamente, ella era mía y yo la necesitaba y la deseaba.

Comencé a hablar en alto, a pensar en alto para que ella me oyera y diera su visto bueno, aunque la mayoría de las veces no decía nada, todo lo más que hacía era permanecer callada y reconcentrada.

Por otro lado, también mi cuerpo comenzó a funcionar de forma diferente a la acostumbrada, el corazón latía algunas veces demasiado fuerte, desinteresándose por lo que yo le decía y le aconsejaba, el estómago hacía piruetas increíbles y pasaba de la saciedad al apetito sin tener para nada en cuenta el lugar donde yo me hallaba. Mi mente recitaba, sintetizaba, comparaba, recordaba, aprendía, y el sueño... ¡Bueno! el sueño parecía haberse ocultado en un lugar inaccesible. Yo tenía que ir a buscarlo cada noche y rogarle que volviera conmigo, confirmarle que aún lo necesitaba, insistirle y apremiarle, y cuando por fin se dejaba seducir por mí se tornaba inquietante, oscuro, infantil o aterrador.

Algunas veces me soplaban al oído ideas novedosas sobre mi “udé”: *quítale...*, *añádele...*, *cámbiale...* Yo estaba tan necesitada de él que a todo asentía, le aseguraba que sí, que lo haría tan pronto como me levantase al día siguiente y él a veces me dejaba seguir soñando pero la mayoría de ellas me apremiaba: “no, mañana no, ahora mismo, levántate” y si yo intentaba hacerme la sorda me amenazaba: “o lo haces inmediatamente o me voy y no vuelvo en muchas horas”. Y yo no tenía más remedio que ceder a su presión, levantarme, encender la luz y anotar en una libreta todas aquellas ideas que él me soplaban al oído.

Otras muchas veces se divertía presentándome el escenario del “torneo” (Tenerife) de una forma totalmente irreal e inaccesible. Por ejemplo en un edificio que no quería mostrarme su fachada, o a la orilla del mar, orilla que se eternizaba en el espacio, o al final de un bosque (totalmente inexistente en la realidad) que yo debía atravesar con paso inseguro y a oscuras. ¡En fin! La realidad es que nunca vi sus muros, ni su puerta, ni su entrada, hasta el día del torneo.

Mientras sucedían estas cosas en mi interior, yo me había propuesto un objetivo claro que no repetía en voz alta para no ahuyentarlo “No podrás conmigo, pienso ser más yo que nunca, no me dejaré vencer por el desánimo, la duda, la inseguridad, el desaliento o el pánico. Pienso seguir sonriéndole a todos, a la vida, a mis compañeros de la misma experiencia”. Y en esos momentos oía en la lejanía una ligera risita que parecía salir de mi cabeza y sonaba a algo así como: “Caerás, ¡ya lo verás!, todos lo hacen, todavía no te han atacado los nervios pero te atacarán y verás la parte más negativa de todo esto”, pero yo, poco a poco, iba sospechando que eso no era así, que en realidad no había ninguna parte negativa si yo no quería que la hubiese y que no se iba a apoderar de mi esa sensación, sencillamente porque era yo la que había elegido ese momento, yo había ido hacia él y le había sonreído y él hizo un trato

conmigo, él era un mero observador, no me tocaría, tal vez solamente un ligero gesto suyo rozaría mi piel pero sería prácticamente imperceptible. Si yo cumplía mi parte del trato, es decir, si *yo* era simplemente yo, él cumpliría el suyo.

Y así se fue ampliando mi espacio vital; salté sobre mis muros, rodeé mis murallas y sentí que todo ello llenaba mi cuerpo entero. Lo acogí, lo amé, era parte mía y mi *yo* era mayor que el de antes, incluso Memoria hizo su aparición triunfante y me dijo: “Me gustas ahora, voy a estar cerca de ti, sin alejarme mientras me necesites, mientras dure esta experiencia, pero luego me alejaré de nuevo, no demasiado ni definitivamente pero sí lo suficiente para que me eches de menos nuevamente, para que no te olvides de mí”.

¿Te imaginas? Memoria diciéndome que se iba para que no me olvidara de ella. Eso confirmaba el retrato que mi madre le hacía: “es vaga y no recuerda que cuanto más se la necesita nunca está, pero cuando esto sucede todo vuelve a tener el encanto de lo nuevo”.

Y pasó el mes y llegó el día del torneo. No puedo decirte que no me tembló la voz al comenzar a hablar, pero a los dos o tres minutos mi voz sonaba de nuevo firme y pude decirlo todo. ¡Bueno! En realidad casi todo, porque en cuarenta y cinco minutos de exposición de mi “udé” había tenido que elegir también qué cosas no debía decir y eliminar algunas ideas, que aunque atractivas, eran menos representativas del “paradigma” moderno.

...Y me salió bien... Y quedé contenta... Y gané el torneo.

Esta es la historia de uno de los momentos en el que yo necesité recomponer los eslabones de una de las cadenas que forman el puzzle de mi vida.

Yo pude elegir, pero por otro lado fueron los quarks, átomos y moléculas que pululan por *El país de las Maravillas*, los que, por azar tal vez, produjeron algo tan sorprendente que parece casi un milagro, y ese milagro soy yo.

¡¡Estar viva es un prodigio!!

Y este es el eslabón que expresa mi *posición* actual resultado, quizás, de mi última *oposición*.

NOTAS

POSICIÓN: 1. Postura, actitud o modo en el que alguno está dispuesto. 2. Acción y efecto de suponer. 3. Situación o disposición. 4. Actitud o manera de pensar y obrar.

OPOSICIÓN: 1. Acción y efecto de oponer u oponerse. 2. Disposición de algunas cosas de modo que estén unas enfrente de otras. 3. Contrariedad o repugnancia de una cosa con otra. 4. Procedimiento selectivo consistente en una serie de ejercicios en que los aspirantes a un puesto de trabajo muestran su respectiva competen.